

—Tal vez—dijo con timidez—te he venido á interrumpir.

—No lo creas.

—Para los que abrigan algun pesar, la presencia de otra persona suele ser importuna.

—La tuya, hermosa prima, lejos de causarme el disgusto que te presumes, me inunda de placer y de satisfaccion.

—Sentiré que la educacion te impida ser franco conmigo.

—Mis palabras son la expresion pura de mis sentimientos.

—Entonces te doy las gracias por el favor que me dispensas.

—¿Y cómo sabes tú, María, que al que sufre le es importuna la presencia de otro ser?

María se cubrió de un encendido carmin, como si toda la sangre del corazon se hubiera trasladado de repente á sus mejillas, y para disimular su rubor, fijó sus ojos en uno de los retratos del gabinete.

Miguel, sin advertir aquel cambio, continuó:

—¿Has experimentado acaso, por desgra-

cia, tú, tan jóven, tan pura y tan hermosa, la amargura que deja el desengaño, y has hallado en la soledad el bálsamo consolador?....

María fijó sus hermosos ojos en su primo, y guardó el mas profundo silencio. Miguel que, preocupado en su idea, no comprendia que con sus palabras estaba desgarrando el corazon de su prima, agregó clavando en ella su mirada.

—¿Amas, acaso, María?

Esta pregunta inesperada, volvió á encender el rostro de la jóven que empezaba á recobrar su apacible tinte: Miguel sorprendió aquel cambio, y prosiguió con cariñoso acento, cogiendo entre sus manos la helada y trémula de la jóven.

—¿Habré acertado!.... ¡Pobre María!.... Si es verdad que amas, no sea á un ingrato que no corresponda á tu amor.... No sea á un falso que hoy te jure amar hasta la muerte; y mañana te deje por otra... ¡Ah!... porque esto es lo mas cruel para un corazon sencillo y puro que ama por primera



vez.... Mira, María, tú sabes que te amo como á una hermana, y que por verte feliz haria los mayores sacrificios....—La jóven se estremeció como el herido al tocarle con la piedra infernal la llaga.—Pues bien, no me ocultes los secretos de tu corazon.... Yo te he sorprendido mil veces llorando y escribiendo en tu cuarto, y cuando he entrado en él, has ocultado el papel en que escribías, y enjugando tus lágrimas, te has revestido de un carácter jovial. Esto no se hace sin graves motivos que te fueren á ello.... María, no me ocultes la verdad, ¿amas?

La jóven no supo qué responder: educada en la escuela de los mas sanos principios, su alma permanecia pura y limpia como la fragante rosa dentro del virginal boton que cuida el entendido jardinero: el pudor, ese toque divino de la mano de Dios, ese limpio espejo en que se reflejan la honestidad, la modestia, el recato y la vergüenza que subliman á la mujer, rodeándola de una auréola de indefinible atractivo, existia virgen, vigoroso, en su cándido corazon,

y la obligaba á ocultar en el fondo de su pecho los íntimos afectos que sentia.

—Confésalo sin temor:—añadió Miguel viendo que María titubeaba.—¿No soy tu amigo?... ¿No tienes confianza en mí?... Vamos, habla: ¿amas?

—No amo en el mundo mas que a ti, Miguel, y á tus benévolos padres que me recogieron en su casa al quedar huérfana en el mundo. Sin tí y sin ellos, ¿qué hubiera sido de mí?... Aquí todos me tratan como á una hija, y tú....

—Y yo—le interrumpió Miguel—no sé mas que amarte, porque tú eres digna del amor de todos.

Dos lágrimas se asomaron á los ojos de María, que poco despues rodaron por su sonrosada faz, como dos gotas de rocío sobre las purpúreas hojas de la fragante flor. Miguel, sin advertirlas, continuó.

—Sí: yo no sé mas que amarte, y mucho mas te amo ahora, que la ingratitud de una persona ha desencantado mi corazon: porque ahora es cuando conozco mas tu cariño y tu afan en consolarme.



—¿Con que es cierto que padeces?

—Sí, María: ¡mucho padezco!....

—Tal vez habrá algun remedio.

—No; no le hay, María; no le hay; porque mi mal está aquí.... en mi corazon.... Una mujer, hermosa como tú, lo ha causado para acabar con mi vida....

—¿Una mujer!....—exclamó María, que ignoraba los amores de Miguel con Luisa.—  
¡Una mujer!—murmuró despues interiormente, oprimiéndosele el corazon como si colocasen sobre él la losa del sepulcro.—  
¡Con que ama á otra!....

Y María dejó caer la cabeza sobre el pecho en muestras del mayor abatimiento.

Miguel, que atribuyó la tristeza de su prima al interes que por su suerte tomaba, exclamó acercando á sus abrasados labios la mano helada de la jóven, que sintió discurrir por sus venas, al contacto de aquel ósculo, un fluido inexplicable que fué á caer dentro de su pecho como un metéoro ígneo en la Santa Bárbara de una embarcacion.

—¿Te has puesto triste, María? ¡Ah!....  
¡tú eres la única persona que se interesa por

mí!.... ¡que comprende mi corazon!....  
¿Por qué no abriga ella una alma sensible como la tuya?....

—¡Miguel!.... ¡Por Dios!....—Dijo la jóven no pudiendo resistir á la opresion aguda que experimentaba su pecho:—No pronuncies esas palabras, que me haces padecer....

—¿Tienes razon!.... ¡Perdóname!.... Pero sufro tanto, que cuando encuentro una persona que, como tú, toma parte en mis penas, mi corazon descansa del terrible peso que le abruma.

María sintió que sus miembros empezaban á languidecer, y que le abandonaban por momentos las fuerzas: su semblante fué cubriéndose de una palidez mortal, y su pecho respiraba violentamente y con dificultad. Habia sufrido tanto la infeliz en tan corto tiempo, que agotada su resistencia física, estuvo á punto de caer sin sentido bajo la influencia moral que aniquilaba su existencia.

Por fortuna suya, se oyó en aquel mo-



mento la voz de una mujer que desde la sala llamaba á Miguel.

—¡Mi madre!—dijo éste soltando la mano de María y poniéndose en pié.—Me habia olvidado de que me espera para que le acompañe al convento de Santa Isabel. Adios, prima mia; hasta luego.

—¡Adios, Miguel!

Contestó la hermosa jóven, mirándole con cariñosa compasion.

Apenas se vió sola María, se apoyó sobre uno de los brazos del sofá, y dió libre curso á su llanto, que hasta entonces habia contenido dentro de su corazon.

—¡Ama á otra!...—exclamó despues de un largo rato en que los suspiros permitieron el paso á las palabras.—¡Ama á otra!... ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¡Para qué quiero vivir si ya nunca podré ser feliz.... *Por tí haria los mayores sacrificios*, me ha dicho, y sin embargo, me condena á padecer.... y á padecer para siempre!... ¡Ah!... si él supiera cuánto le amo.... Si él conociera esta pasion oculta que le consagro y que me mata!... ¡sin duda que se compadece-

ria de mí, y tal vez.... Pero no; no sepa nunca que he padecido por él.... ¡Quién soy yo, infeliz huérfana, para merecer el amor del mas bueno de los hombres?....

Y María quedó sumergida en el dolor que desgarraba su alma; con los ojos bañados en lágrimas, y fijos en el retrato de su primo, mudo confidente de sus penas, de su pasion y de sus dolores.

¡Llanto.... suspiros!... he ahí el elo- cuente lenguaje del verdadero amor no correspondido. Querer expresar todo lo que ese llanto y esos suspiros indicaban, todos los pensamientos tiernos que envolvian, la pureza de afectos que entrañaban, seria destruir el poema del sentimiento; profanar la grandeza de lo inconcebible; querer dar á conocer los fulgentes diáfanos y maravillosos rayos del sol, por la pálida pintura de un lienzo que parodia una de las obras mas portentosas del Criador. No se puede reducir á los estrechos límites de la palabra lo que raya en lo sublime, y excede á lo que la imaginacion puede concebir: intentarlo es desvirtuar el espiritua-



lismo inefable: los afectos íntimos que traspasan el círculo de lo explicable, le basta al autor insinuarlos, dejando libre al lector el ancho campo de la meditacion, de la reflexion y de las conjeturas.

¡Pobre María! apenas contaba quince años, y ya sufría el mas cruel de los dolores: el dolor de no verse correspondida del objeto de todo su amor.... del hombre en quien habia cifrado su felicidad, y del cual habia soñado ser mil veces!....

Acababa de abrir la primer página de la historia de la humanidad, y leyó en un desengaño la primera ilusion perdida!....

#### CAPITULO XIV.

Pagar sin deber.

Volvamos á Buenavista, á la honesta y pintoresca habitacion de la hermosa Pilar.

El hombre que se presentó en la puerta de la sala en que estaba D. Andrés, iba vestido de rigoroso luto: era jóven, moreno y alto; de fisonomía franca y expresiva; ojos y pelo negros, de maneras distinguidas, de elegante porte, y atento y comedido como buen mexicano: en su mano, cubierta con guante negro de fina cabritilla, llevaba un magnífico baston con puño de oro, del cual pendian dos pequeñas borlas de seda.

D. Andrés le miró fijamente, y no pudo